

Tartufo o el arte de hacer reír inteligentemente

Por: Aguila Negra
Especial para Al Centro

El jueves 4 de mayo de 1995 asistí, en el teatro del C.U.T.A., a la representación del Tartufo, de Moliere. El montaje estuvo a cargo del Taller de Teatro del Tanamá, grupo éste que, desde sus inicios, se ha empeñado, con bastante éxito, en producir un teatro de calidad. La obra, como se sabe, es una deliciosa comedia estrenada en 1664, en la cual se satirizan la hipocresía que suele ser tan común entre los devotos religiosos, así como la ingenuidad de quienes ciegamente depositan su fe en esos falsos devotos. Pese a sus años, esta obra está lejos de ser un anacronismo; su tema conserva una gran vivencia, y mucho más cuando el fundamentalismo, con inusitada pujanza, día a día se extiende por doquier.

Las actuaciones de los miembros del taller fueron, durante la función del jueves, la nota más sobresaliente de la noche. Algunas actuaciones, desde luego, resultaron más felices que otras; pero aún los participantes menos destacados lograron un desempeño más aceptable en sus respectivos papeles.

Kevin Mundy, por ejemplo, pese a su problema de dicción, mostró cierta soltura en el escenario. Su Valerio fue más que nada simpático, aunque a veces llegó a rayar en lo alocado. Con Desirée Alcántara fue otro el problema: mostró un gran dominio del personaje de Madre Pernelle, más no pudo proyectar adecuadamente su voz. Su rostro, ciertamente, es muy expresivo y demostró poseer un buen manejo del cuerpo. Luz Célida R. Tosado, Iván Francisco Medina y Rafael García lograron unas interpretaciones altamente satisfactorias.

Sonia Valentín Serrano, por su parte, resultó bastante convincente en su papel de Mariana, aunque en ocasiones acentuó en demasía la docilidad de su personaje. Merecen especial reconocimiento las interpretaciones de Elsa Luciano, Nelson Rivera Agosto y Edgardo Pérez Montijo. La primera logró imprimirle chispa a un personaje, el de Dorina, que requería de un buen repertorio de recursos histriónicos para desplegar de manera efectiva toda su irreverencia e ironía. Nelson Rivera, por su parte, rindió una magnífica labor en el

papel de Orgón; la suya fue una interpretación muy intensa. Me quito el sombrero, finalmente, ante la actuación breve, pero exquisita, de Edgardo Pérez Montijo. Su imponente presencia escénica, la naturalidad con la que se desplaza por el escenario, y esa versatilidad que lo mismo le permite encarnar a un pudibundo santurrón que a un descarado sátiro, son algunas de las cualidades que convierten a Pérez Montijo en un excelente actor. Haciendo las correspondientes salvedades, confieso que su intervención me recordó esas célebres - por lo breves - apariciones de Marlon Brando en ciertas producciones cinematográficas, que a la postre terminan convirtiéndose en lo más memorable de la película.

Las convenciones del teatro neoclásico - y en especial, la aplicación de la regla de las unidades dramáticas - hasta cierto punto limitan las posibilidades creativas en materia de escenografía. No obstante, en este caso se logró un interesante juego de perspectivas que le dió profundidad y diversidad al espacio escénico.

La obra, todo hay que decirlo, no estuvo exenta de fallas. El diálogo con el que se

inicia la acción dejó mucho que desear; debió haber sido más ágil, a fin de que las intervenciones de la Madre Pernelle lucieran como verdaderas interrupciones. También en esa primera escena los personajes agrupados en el centro del escenario permanecieron demasiado estáticos. Este mismo problema reapareció durante la escena III del acto IV. Mientras Marina y Orgón discutían apasionadamente, Elmira, Cleanto y Dorina observaban la escena desde cerca, anclados en un mismo lugar y repitiendo unos gestos que, más que preocupación parecían de desconcierto. Algunos personajes, por otra parte, lucieron incómodos dentro de sus indumentarias. Incluso en un momento dado Mariana tuvo que ser auxiliada por Cleanto para poder incorporarse, pues aparentemente el traje se le pilló mientras estaba de rodillas. Tal parece, finalmente, que la falta de actores obligó a suprimir la escena en la que interviene el señor Loyal. Esta supresión le quitó algo de fluidez al desarrollo final de la acción, tornando un tanto abrupto el desenlace.

Los aciertos, en cualquier caso, por mucho fueron mayores que los defectos. Buen teatro, en suma, divertido e inteligente.

Consulta tu Problema del Cabello